

Todo el que lee el *Condenado por desconfiado* siente una duradera impresión de extrañeza difícil de precisar. Para unos, como Ticknor, quien ciertamente estaba lejos de tener el don crítico de penetrarse de las creencias y gustos ajenos, refleja una idea moral repugnante aquel ermitaño Paulo que pierde el favor de Dios por sólo carecer de confianza en El, mientras que Enrico, ladrón y asesino, consigue aquel mismo favor por haber desplegado la fe más viva, la confianza más ciega hasta el fin de su vida manchada con los crímenes más espantosos. Esta es la impresión superficial y común que produce el drama.

Una persona que lo leía con Jorge Sand profundizaba algo más en el pecado de Paulo y encontraba hermosura en la obra, pero siempre al

servicio de un dogma odioso: el ermitaño es condenado por querer saber su suerte, el fin de su vida; toda virtud, todo sacrificio le es inútil; mientras el que cree ciegamente puede cometer toda clase de maldades; un acto de fe en su última hora le salvará. Tampoco aquí se penetra en la perversidad secreta de Paulo ni en la virtud de Enrico.

Por primera vez D. Agustín Durán tuvo serenidad de juicio para examinar el drama desde el verdadero punto de vista en que fué escrito y sondear toda su profundidad teológica, ciñéndose a las «creencias que el pueblo y los sabios de aquella época profesaban y profesa aún todo buen católico». Para ello analiza las ideas teológicas y morales que inspiraron a Tirso su concepción terrible y sublime a la par que dulce y consoladora; y explica por qué Dios retira la gracia eficaz (y perdonen los teólogos a Durán este adjetivo impropio) a Paulo que de ella desconfía y que intenta arrancarle sus secretos; por esta orgullosa curiosidad el ermitaño se ve sumergido en un piélago de dudas que le hacen titubear en la fe, perder la esperanza y abominar de la caridad, mientras Enrico, símbolo de la pobreza humana, que confía en su Criador y alimenta un poco de virtud sobre la que podrán

caer algún día los tesoros de la gracia, logra arrepentido obtener misericordia.

Pero el drama no deja huella profunda sólo en el alma religiosa. Jorge Sand no podía creer que Tirso se hubiera propuesto, al concebir su admirable obra, popularizar el dogma de la gracia; en la época del inspirado fraile, dice, muchos atrevimientos se solían ocultar bajo piadosos pretextos; cierto que al ver el arrepentimiento tardío y la confesión forzada del criminal Enrico se puede deducir esta conclusión: aunque seas un santo, una hora de duda te perderá; mas aunque obres como una bestia, si crees como un bestia, Dios te tiende los brazos, porque la Iglesia te absuelve. Pero bajo esta moralidad oficial de la obra, dis- puesta expresamente por el poeta para la censura inquisitorial, continúa Jorge Sand, no puedo menos de ver un pensamiento más amplio, más filosófico, que despedaza la casulla de plomo del fraile, y he aquí el pensamiento secreto, este grito del genio: la vida del anacoreta es egoísta y cobarde; el hombre que cree purificarse haciéndose eunuco, es un sandío a quien la continua contemplación del Infierno vuelve feroz; este tal soñará en vano con un paraíso de delicias: no logrará

más que hacer mal sobre la tierra, será un sabio exorcista o un inquisidor canonizado, y no llegará a la muerte sino envilecido; el que obedece a sus instintos vale cien veces más, pues esos instintos son buenos y malos, y puede llegar momento en que su corazón conmovido le tornará más grande, mas generoso que el supuesto santo en su celda.

A éstas y otras tan contrarias apreciaciones se presta el *Condenado*, que en tal sentido es muy semejante al *Hamlet*; hay quien ve en éste un simple mentecato, otros un hombre superior; hay para quien el drama inglés carece de orden y concierto, para otros encierra profundidades admirables. El *Condenado* no es, como alguien ha dicho, un sencillo *auto*, una parábola evangélica; más bien que la soñolienta canturía sagrada, nos parece oír en él la complicada armonía del órgano que eleva el alma a vagos arrobamientos. En el *Condenado* la mirada del genio se dirige sobre la religiosidad, sobre la vieja duda de la justicia divina que nubla el alma cuando más enamorada está del bien, y nos ofrece una visión profunda de la voluntad humana, encarnada en dos tipos opuestos, con toda la complejidad con que se manifiesta

la vida, misterio eterno entregado por Dios a las cavilaciones de los hombres.

Olvidando la trivial apreciación de Ticknor, y sin permitirme libertades semejantes a las de la interpretación romántica de Jorge Sand, creo que el drama no puede analizarse sino conforme a un doble criterio teológico y tradicional. La interpretación teológica planteada por Durán es sin duda auténtica; lejos de mí creer que Tirso era un mártir del hábito monástico, un librepensador de sotana, que hablaba de gracia y de contrición agobiado por la mirada mortecina y amenazadora del Santo Oficio; pero también creo que el aspecto dogmático no es el único, y que el drama encierra un valor humano general, independiente del catolicismo. Los grandes dramas no son de la exclusiva invención de sus autores, y el *Condenado* se funda en una leyenda antiquísima, nacida en Oriente, que hunde sus raíces por tierras y siglos muy apartados hasta llegar al extremo Occidente, donde brotó su más espléndido retoño en el teatro español; nada más natural me parece que, no admirar sólo esa última florescencia como producto artificial y aislado, sino considerarla unida a las ramas, tronco y raíces que la hicieron brotar y le

dieron el jugo. Y será interesante ver cómo una de las más admirables producciones del teatro cristiano, que parece creada de un solo golpe en la mente de un teólogo católico, la que más en concreto parece encarnar la exaltación piadosa de la España del siglo xvii, tiene su antecesor remoto en un cuento indio, tan penetrado como el drama español de reconditeces dogmáticas, no tocantes a la gracia y a la esperanza, sino a la transmigración de las almas y a las castas brahmánicas; pero que aparte de esta técnica religiosa, por su sencillez y su suave sentido moral recreó e instruyó también a judíos, musulmanes y cristianos.

He aquí lo que se cuenta en un descomunal episodio del viejísimo poema indio *Mahabharata*.

Un ilustre brahmán llamado Kauçika, que estudiaba los libros sagrados y hacía penitencias fuertes, estaba una vez recitando los Vedas al pie de un árbol en cuya copa tenía su nido una grulla; ésta manchó con su estiércol al brahmán, el cual enojado la maldijo, y al punto cayó muerta. Muy pesaroso el brahmán de su cólera injusta, se apartó de allí y fuese a recoger limosna a la aldea. En

una casa la dueña le mandó aguardar un poco, mientras ella limpiaba el cacharro para darle comida; pero he aquí que en esto llegó el amo, cansado, muerto de hambre; y la dueña, olvidándose del brahmán, sirvió al marido, disponiéndole el baño de pies, el enjuague, alargándole la silla, presentándole los manjares...; la mujer de los ojos negros adoraba a su marido como a un dios y no cesaba de ir y venir, atendiéndole en lo que necesitaba, ensimismada, sin pensar en otra cosa. Al fin reparó de nuevo en el brahmán y corrió a darle una limosna. Él le preguntó: «¿Por qué me has hecho aguardar y no me has despedido?» Y la buena mujer, como le viera encenderse en cólera, le respondió halagüeña: «Perdóname, maestro; mi esposo es mi más alta edad, acaba de llegar fatigado, y le he servido». El mendigante no se calmaba: «Tú no has honrado al brahmán como debías, pues has preferido a tu marido; el mismo Indra venera a los brahmanes, ¡cuánto más no debe hacerlo un mortal? Ah, loca, ¿no has oído de los viejos que los brahmanes son iguales al dios del fuego y pueden hasta abrasar la tierra?» La mujer respondió: «No te irrites, santo penitente; ¿qué castigo me envas con ese mirar airado? Jamás he despreciado a

los sabios brahmanes, cuyo poder conozco: las ondas del mar fueron secadas por su ira, y aún dura el fuego que su indignación encendió en la selva de Dandaka. Pero yo me he consagrado al culto de mi esposo; éste es de todos los dioses mi más alto dios, y antepongo mis deberes para con él a todos los otros. Bien sé que la grulla ha sido abrasada por el fuego de tu ira; la ira es el peor de los enemigos del hombre, y quien ha domado el amor y la cólera, quien estima a todos los hombres como a sí mismo, a éste reconocen los dioses por verdadero brahmán. Tú, aunque venerable, puro, ejercitado en el bien y consagrado al estudio, me parece que aun no conoces la virtud, en su verdadera esencia. Si no conoces la más elevada virtud, vete a la ciudad de Mithila y busca al santo cazador Dharmavyadha; éste, respetuoso servidor de sus padres, dueño de sus sentidos, te hará conocer los sagrados deberes. Y perdona mi osadía en hablarte así, pues el que se esfuerza en la bondad respeta a la mujer». El brahmán se humilló: «tu reprensión ha curado mi enojo; bendita seas; iré donde me ordenas». Y dando crédito al mandato por la prodigiosa revelación del caso de la grulla, y cautivado por el dulce hablar de la buena esposa, se

dirigió a Mithila, atravesando bosques, ríos y pueblos. Cuando llegó a la espléndida ciudad, tomó entre los brahmanes informes del cazador Dharmavyadha, le buscó y hallóle en el matadero vendiendo caza y carne de búfalo. El cazador, al ver al brahmán que se había puesto separado de los compradores, fué a él y le saludó: «Bien venido seas, venerable; soy un cazador, ¿en qué puedo servirte? Ya sé que te dijo la casta esposa: ¡ve a Mithila!; sé toda la causa de tu viaje». Y el brahmán quedóse asombrado de este segundo prodigio, parejo con el saber la mujer la muerte de la grulla. El cazador halló la estancia en el matadero indecorosa para el brahmán, y le llevó a su casa. Allí, después de tomar asiento, habló el brahmán sobre el oficio de cazador, que, pues consiste en hacer daño a seres vivientes, es considerado en India como pecaminoso: «¿Qué ocupación la tuya! me duelo muchísimo del espantoso oficio que tienes». El cazador respondió: «Esta profesión viene en mi familia de mi abuelo a mi padre, y no me enoja proseguir en el oficio heredado; cumpliendo con el género de vida que ha dispuesto el Criador, sirvo respetuosamente a mis viejos padres, no abribo rencores, doy la limosna que puedo, amparo al

huésped y al sirviente, vivo yo con lo que me sobra, no desprecio a nadie ni murmuro de los poderosos. Lo que hago en esta encarnación es resultado de lo que hice en las anteriores. Repara que el mundo necesita igualmente las artes manuales, que son patrimonio de la casta de los çudras; la agricultura, que pertenece a la casta de los vaiçyas; la guerra, propia de los caballeros; la penitencia, los Vedas y la verdad que cultivan los brahmanes». Luego se entabla un largo coloquio acerca de la perfección moral entre el brahmán que interroga y el cazador que contesta; el cazador expone los misterios de la transmigración, del bien y del mal obrar, del alma del mundo y del alma individual; al fin el diálogo torna al asunto primero: «Mi oficio es sin duda horrible, pero es difícil escapar a la fuerza del destino, y el que cumple sus deberes hace desaparecer lo espantoso que éstos puedan llevar en sí mismos; yo cumplo mi deber sirviendo a todos la carne que necesitan para su alimento; hasta a los ermitaños se les permite comer carne; y además, ¿cuántos seres vivientes no aplasta el hombre con su pie al andar?». El brahmán, admirado de toda su doctrina, exclama: «¡Tu ciencia es celestial, nada hay de los deberes que

tú no conozcas!». El cazador le interrumpe: «Mira, oh gran brahmán, cuál es el deber a que yo debo tanta perfección; levanta y entra en lo interior de mi casa». El brahmán entra, y ve una vivienda encantadora, llena de perfumes, lujosamente adornada; parecía el alcázar de los dioses. Allí estaban los padres del cazador sentados en hermosas sillas, envueltos en blancas vestiduras. El cazador al entrar se arrodilló ante ellos, y los dos ancianos le bendecían: «Levanta, alza tú, el que mejor conoces los santos deberes; tu sumisa obediencia no nos falta nunca. ¡Dios te dé larga vida y la sabiduría más alta!». Luego el cazador dijo al brahmán: «Estos mis padres son para mí la más grande divinidad; como los treinta y tres dioses a cuyo frente está Indra merecen la veneración de todo el Universo, así merecen la mía estos dos ancianos a quienes dedico, como a los dioses, flores, frutos y otras ofrendas; ellos son para mí el fuego sagrado, el holocausto, los cuatro Vedas. Yo mismo lavo y seco sus pies, yo mismo les sirvo el alimento; hablo lo que a ellos contenta, evito lo que les disgusta; hasta lo prohibido hago si les agrada. Gracias al poder de la virtud, he alcanzado la mirada de vidente, y sé toda tu vida. Pues bien: yo

deseo tu salud, oh gran brahmán, y te la quiero mostrar. Tú abandonaste a tu padre y a tu madre, dejaste la casa sin su licencia, para recitar los Vedas, y en esto has obrado mal; tus padres han cegado con la amargura que sienten por tu causa. Vuelve a recobrar su amor. Eres virtuoso, grande de alma, y el deber siempre es un gozo para ti; pero todo esto te es inútil. Mira que te aconsejo lo que es tu salvación. Ve sin tardanza a tu padre y a tu madre, sírvelos y venéralos; no conozco virtud más alta que ésta». El brahmán arrepentido dijo: «Honraré, según dices, a mis padres. He sido salvado por ti cuando iba derecho al infierno. Dios te bendiga, que pocos hay que enseñen la virtud como tú. Pero esta superioridad tuya me hace creer que no eres un çudra como otro cualquiera de esta vil casta». El virtuoso cazador le refirió entonces que en el cuerpo que en la anterior existencia había revestido era un docto brahmán, y cierto día andando a caza había herido por mala desgracia a un vidente, y éste le maldijo y le condenó a que renaciera del vientre de una mujer çudra y fuera un cruel cazador; pero aunque çudra, sería conocedor del deber, veneraría a sus padres, y por esta virtud lograría la perfección,

poseería el recuerdo de las encarnaciones anteriores, alcanzaría el paraíso, y en otra existencia posterior volvería a ser brahmán. Al oír tan estuendo caso, el brahmán peregrino consolaba al cazador: «Tú tienes un oficio horrible, pero luego llegarás a ser brahmán; el brahmán malo que merece el infierno es igual a un çudra, mientras el çudra que se afana por domar los sentidos, debe ser considerado como un brahmán, pues lo es por sus obras». El cazador le manifiesta que no necesita ningún consuelo, pues vive tranquilo; ambos se despidieron, y el brahmán mostró en adelante respetuosa obediencia a sus padres.

Este cuento, bastante divulgado por la India, como lo prueba el hallarse no sólo en el Mahabharata, sino también en la colección llamada Çukasaptati, debió de servir originariamente para la predicación budista, que tanto uso hizo de los ejemplos morales; cualquier día puede ser descubierta esa primitiva forma cuando se conozca mejor la literatura búdica. Esta, por la belleza incomparable de sus cuentos, por el espíritu ascético y la moral elevada que los informa, tuvo gran difu-

sión no sólo en Asia, sino también entre los pueblos cristianos, y ella hubo de ser la que transmitió a Europa la historia del brahmán y el cazador.

Los primeros pasos de este relato en su viaje del centro de Asia al Occidente son desconocidos. Pero si las huellas de un cuento que peregrina sólo pudieron borrarse, no así las de importantes colecciones que a modo de largas caravanas dejaron bien trillado el camino que siguieron. Este camino, según la ciencia descubre, es el mismo, tanto para libros ascéticos cual la vida de Buda, que vino a edificar a los cristianos convertida en la vida de un supuesto San Josafat, cuanto para libros de entretenimiento como las fábulas de Calila y Dimna. El punto de partida de nuestro cuento es el mismo que el de éstos y otros conocidos libros: la India. El punto de llegada es el mismo para todos, esto es, las tres grandes literaturas cristiana, árabe y hebrea. El camino, pues, pudo ser también el mismo, a través de un intermedio común: la literatura pelvi, la literatura persa sasánida. Los budistas transportarían el cuento del brahmán y el cazador al Imperio sasánida, donde durante varios siglos floreció el budismo bactriano y chino en lucha con el zoroastrismo oficial; des-

pués, cuando el cristianismo llegó a aquel Imperio a terciar en la lucha de Zoroastro y Buda, un cristiano adaptaría a su religión la versión pelvi del cuento, y de esta lengua, por intermedio de la siríaca, llegaría a oídos de los cristianos griegos, entre los cuales hallamos diversas variantes en el siglo iv; por otra parte, cuando en 641 los musulmanes destruyeron el Imperio sasánida, se aprovecharon a su vez de lo mucho que la literatura pelvi había tomado de la india, y así como tradujeron la vida de Buda y el Calila, se apropiarían la historia del brahmán y el cazador, y de los árabes la hubieron de recibir los judíos que habitaban territorios musulmanes.

En esta larga peregrinación el cuento sufrió ciertas mudanzas que es preciso explicar, para que más fácilmente se descubra la identidad del relato en su punto de partida, la literatura india, y en sus tres puntos de llegada, que son las versiones cristianas, árabes y judías, de que luego quiero hablar. Primeramente, claro es que la lentitud narrativa y la prolijidad sermoneadora del Mahabharata no cabían en un cuento popular, el cual sólo debía hacer resaltar el precepto principal de honrar a los padres, como virtud oscura que sobre-

puja a las veneradas y famosas prácticas ascéticas; gracias a esta carencia de particularidades dogmáticas especiales, el cuento pudo emigrar a pueblos de distintas religiones. Además, la doble humillación del brahmán, primero por la mujer que se consagra al culto de su marido y después por el cazador que venera a sus padres, se debía simplificar; por esto se olvidó el episodio, incidental en las dos relaciones indias conocidas, de la muerte de la grulla, y por eso también la santa mujer que indica al brahmán la existencia del cazador, desapareció para dejar lugar a una simple revelación divina: el sabio que cree habrá muy pocos virtuosos como él, oye de boca de Dios mismo que hay un hombre humilde que posee tanta o más virtud. Pero este hombre en los cuentos derivados no es un cazador; tal oficio, como fuera de India no tenía nada de horrendo, ni siquiera de despreciable, y convenía que hubiera algo de uno y de otro para la substancia del cuento, que es la humillación del hombre religioso, se trocó en otro oficio análogo, el de carnicero, tenido más generalmente por vil; el trueque nació de la misma narración primitiva: se recordará que en el Mahabharata el brahmán halla al cazador vendiendo carne

en el matadero, y el Çukasaptati, encariñado con esta escena, nos lo pinta en medio de las reses, con los ojos bermejos como el dios de la muerte. Además, pues que el oficio de cazador era en India un pecado, se supuso en las versiones extranjeras que el carnicero tenía fama de gran pecador, para mejor reflejar así el espíritu del cuento original.

Con estas explicaciones se comprenderá bien el lazo de filiación que une al relato indio el cuento árabe que extracto a continuación, según lo refiere tardíamente un morisco español. Sirviendo Moisés a Alah en el monte Sinaí, le rogaba: «Señor y caudillo, muéstrame aquel que ha de ser compañero en el Paraíso, para que le vea y conozca en este mundo». Alah le contestó por un ángel: «Ve a la ciudad de Motazaj, en Siria, allí vive un carnicero llamado Jacob; ese será tu compañero en el Paraíso». Aquella misma noche emprendió Moisés su camino; y cuando amaneció, ya entraba en la ciudad preguntando: «¿Dónde vive Jacob el carnicero?» Pero chicos y grandes le respondían: «¿Y cómo no hallas en toda la ciudad por quién preguntar sino por ese hombre malo, que es de los del fuego del infierno?» Al fin dió con Jacob, y saludándole le dijo: «¡Acógeme esta no-

che en tu casa, así te acoja Alahl» El carnicero, hallándose indigno (como el cazador del Mahabharata halla desdolorosa para el brahmán la estancia en el matadero), respondió: «¿Cómo no has hallado a quien dijese esto sino a mí? No hay nadie en la ciudad que no me tenga por malo, de los del fuego del infierno». Moisés insiste en hospedarse, y observó todo lo que hacía el carnicero. Éste, al vender las reses, apartó en una cestilla los meollos y el mejor bocado y más gordo; y después de despachar a su parroquia, entró en casa, puso dos ollas al fuego con los meollos y la carne, las sazónó con especias, hizo migas, escudilló el caldo sobre ellas y entró el manjar en una cámara en que había dos lechos. En el uno estaba el padre del carnicero, tan viejo que era vuelto a estado de niño; lo desnudó, lo lavó, vistióle ropas frescas, y tomando la escudilla le daba de comer como el ave a sus polluelos, y le decía: «Padre, todos los de Israel dicen que soy del fuego del infierno y me desahucian de la piedad de Alah; pero yo tengo esperanza en su misericordia y en tu oración». El viejo, después de orar, le respondió: «Hijo mío, tengo fe en la piedad de Alah que será tu compañero en el Paraíso Moisés, el hijo de Imram». El carnicero

sirvió igualmente a su madre, y Moisés al oírles hablar lloraba. Jacob salió luego disculpando su demora, y el profeta se descubrió: «Sabe que yo soy Moisés, hijo de Imram, y que tú serás mi compañero en el Paraíso». Al saber la nueva, tal fué el gozo de los dos ancianos padres, que el ángel de la muerte recibió sus almas. Así Jacob, el pobre carnicero, por el amor filial alcanzó de Alah tanta gloria como el caudillo de Israel.

Enteramente igual a esta leyenda árabe es la hebrea, salvo que los judíos al apropiarse el relato árabe no lo refirieron a Moisés, sino al sabio Rabí Josua ben Illén y al carnicero Nannas. Cuéntase entre los judíos de muchas naciones, entre los de España también.

El cuento árabe y judío es substancialmente el mismo que el del Mahabharata y el del Çukasaptati; en todos se ofrece el contraste entre un hombre ilustre por su santa vida, con un matador de reses que tiene como principal virtud el amor filial. Pero aquel cazador indio, que muy poseído de su alto mérito se pone a sí propio por modelo de bien entendida virtud, pues por ella alcanza los secretos de su religión y la ciencia de vidente, no es inferior en orgullo al brahmán, y ganó mucho

en delicadeza moral convirtiéndose en el cuento árabe y judío en un carnicero que todo lo ignora, que se ignora a sí mismo, que nada sabe de su mérito, que se tiene por despreciable; así contrasta mejor con el sabio varón que tan ufano está de la ciencia sagrada y de la perfección que posee.

Esta mudanza influyó mucho en la suerte ulterior del cuento, pues trajo para él un importante cambio de moralidad. El relato del Mahabharata y del Çukasaptati se complace sin duda en la humillación del brahmán que se cree superior, pues le hace ver cómo le sobrepuja en mérito un hombre de casta ínfima; pero siempre esta moralidad queda relegada a una importancia muy secundaria, para ensalzar en primer término la reverencia a los padres: el brahmán los abandona para buscar la ciencia sagrada, y no la domina; el cazador, que permanece fiel a su deber filial y a su humilde oficio heredado, logra la perfección religiosa. El Mahabharata, al principio de la historia, resume esta idea con hermosa valentía: «No por los sacrificios y ofrendas, no por el culto de los manes ni por los ayunos se gana el paraíso, sino por la veneración debida a los padres». Pero en las versiones árabe y judía esta fuerza se debi-

lita bastante, pues no se tacha a Moisés ni a Rabi Josua de anteponer el estudio de los libros sagrados y las prácticas religiosas al cumplimiento de los deberes naturales, sino que se declara tan sólo que el que cumple el precepto de honrar padre y madre puede alcanzar en el paraíso igual lugar que un profeta o un docto Rabi. Y al fin había de parecer esta moralidad elemental y pobre, hallándose más fina e intencionada la que hasta ahora era secundaria: la humillación del religioso que se tiene por superior. Así se trocó la importancia de los dos personajes del cuento. Hasta aquí se buscó la lección moral en el cazador indio, en el carnicero árabe y judío; desde ahora se buscará en el santo varón pagado de su mérito, y las virtudes del carnicero de vida despreciable quedarán como muy secundarias, salvo su humildad, que ya se hace resaltar en el cuento árabe y judío.

No sé dónde ni cuándo se realizó este feliz cambio de orientación. Se ajustan a este nuevo molde todas las versiones cristianas, que son anteriores en fecha al cuento árabe y judío, aunque éste represente un tipo más arcaico. Pero no sólo apa-

rece el cambio entre los cristianos, pues la variante de nueva moraleja circuló también entre los judíos, y con algún rasgo más fiel a la forma primitiva que en las redacciones cristianas. Una segunda versión hebrea se conserva en la obra titulada *Hibbur Yafé Mehayeschua* de un Rabí Nisim, que según unos, es el que vivía en el África musulmana en el siglo xi, o según otros, otro Nisim del siglo xiii. En esta obra, que recoge viejas tradiciones judaicas, se cuenta que un muy piadoso y sabio varón pidió una vez a Dios le diese a conocer su compañero en el paraíso. En un sueño recibió la respuesta: «Lo será tal y tal carnicero». Cuando el piadoso varón despertó, se afligía sobremanera de que un hombre tan vulgar e indocto hubiese de ser su compañero en la vida futura, y ayunando todo el día rogó de nuevo a Dios. Pero sólo recibió la misma respuesta que le dejó sumido en un mar de lágrimas. Una voz del cielo le reprendió: «¡En verdad que si no fueses tan piadoso, gran castigo merecías! ¿Por qué te acongoja que hayas de compartir el paraíso con ese carnicero? ¿Le conoces acaso? ¿Sabes si ha hecho tales obras que no todos pueden hacer?» Muy de mañana marchóse el docto varón a la barraca del carnicero;

ro; éste saludóle lleno de respeto, y como aun no había parroquianos en la tienda, sentáronse ambos, y el docto religioso preguntó por su vida al vendedor. «Señor, ya sabes cuál es mi oficio; mi ganancia la divido entre los pobres y la gente de mi casa». «Bueno sí —interrumpióle el santo varón—; mucha gente practica aún mayor caridad. Dime si has hecho alguna cosa que no todos los hombres sean capaces de hacer». El carnicero calló un rato, y al fin dijo: «Señor, ahora me haces recordar algo que he hecho mucho tiempo há»; y le contó que una vez, viendo pasar un ejército extranjero que llevaba una turba de cautivos y entre éstos quejarse desesperadamente una jovencilla, la redimió a costa de gran esfuerzo de dinero, la crió y la amó tanto que decidió casarla con su hijo único; arregló el matrimonio, dotó a los novios y dispuso la boda, convidando a toda la ciudad; en medio de la comida y del buen humor, vió un forastero lloroso, y al averiguar que lloraba porque la novia era su prometida desde la niñez, y que la andaba buscando desde el día que fué cautivada por los enemigos hasta aquel momento en que la encuentra a punto de casarse con otro, el buen carnicero mandó a

su hijo renunciar a la novia, la cual entregó a su antiguo prometido; comunicó a los convidados el trueque de novio, y la fiesta, interrumpida sólo un momento, acabó felizmente. Al oír este relato, el piadoso sabio exclamó: «¡Verdaderamente eres un hombre de Dios!» añadiendo para sí: «Feliz yo que tendré tal compañero en el paraíso».

Claras están en este cuento las consecuencias de su cambio de moralidad. Como lo que se trata de predicar no es la virtud del carnicero, sino la humillación del piadoso sabio, se insiste mucho en el desconuelo de éste al oír la revelación divina que le compara a un hombre vulgar; y la virtud del carnicero, como no es ya nada importante, salvo su humildad, se cambió sin reparo, sustituyéndose su amor filial, un tanto soso, por una acción más novelesca y conmovedora, procedente de otro cuento distinto.

Mudanzas parecidas en este segundo personaje hallaremos en todas las variantes cristianas, pues todas están informadas por el cambio de moralidad, según dijimos. En cambio, el brahmán permanece sin alteración exterior, representado, como en otros cuentos de origen indio, por un monje cristiano. En Egipto, la cuna del monacato, es

donde la leyenda sufrió su elaboración más activa; la semilla, que no sabemos cuándo se depositó en esta tierra, brotó por todas partes vigorosa.

El terreno no podía ser más a propósito. En los desiertos de Egipto la lucha por la virtud y por el vencimiento de las perversas pasiones tenía algo del estruendo de la batalla. Un monje, sintiéndose débil contra furiosas tentaciones, va a visitar al abad Isidoro; éste le sube al terrado de su celda, y el vacilante se sobrecoge al ver con sus propios ojos una hueste de demonios que avanza por Occidente al ataque; pero el abad extiende su brazo hacia Oriente y le muestra otro ejército mayor de ángeles que vienen en su ayuda. Rebosando este entusiasmo épico, el corazón de cada solitario era un campo de asombrosas hazañas; no hay trance alguno de la lucha interior que no revista forma poética: un monje obedecía ciegamente las palabras de su abad hasta entrar en un horno ardiendo, o hasta pasarse tres años regando un palo seco; otro guardaba silencio, trayendo de continuo una piedra en la boca; otro carbonizaba su mano a la llama de la candileja para resistir la tentación de una ramera que le había pedido hospitalidad. En suma, la virtud reinaba allí no mansa y pacífica, sino vio-